

ENTONCES SÓLO LA NOCHE

enrique**ferrari**

# ENTONCES SÓLO LA NOCHE

---

SEGUIDO DE UNA ENTREVISTA A CARGO DE  
ROCCO CARBONE

5



EL 8vo. LOCO  
EDICIONES



## ÍNDICE

Los muertos	9
Media hora	16
A veces se pierde	23
La pasión según Jotacé	27
Isósceles	32
Rey de París	37
El síndrome Marlowe	48
La carta	54
Alguien	59
Parece mentira	65
50 pesos	68
Vendan mi ropa vieja	73
Carola y el río	79
Otra historia mínima	88
Silencio	93
El sabor amargo	95
Santa Rosa	106
Entrevista, a cargo de R. Carbone	109

*Estas páginas son para Sol, como todas las otras. Me gustaría, entonces, que las compartiera con Juan y Ana, quienes desde hace un par de años vienen alimentando mi vida y mi literatura con nuevas ideas y nuevos entusiasmos.*

8

*Ésta es la noche; quien no pudo sentirla así no la conoce. Todo en la vida es mierda y ahora estamos ciegos en la noche, atentos y sin comprender.*  
J. C. Onetti

*It is awfully easy to be hardboiled about everything in the daytime.  
But at night it is another thing.*  
E. Hemingway

## LOS MUERTOS

*Sólo entonces comprendí que morir es no estar nunca más con los amigos.*

G. García Márquez

**M**e desperté hace un rato, muy temprano. Sin vestirme, sin mirar la esbelta desnudez del cuerpo de Irina, dejo la suavidad arrugada de la cama —los pliegues que las horas allí dormidas y las pasiones nocturnas marcaron en las sábanas violetas— tratando de no hacer ningún ruido ni movimiento brusco que la despierte, menos por consideración a su sueño que por ganas, necesidad casi, de estar solo.

9

Con el sonido de la lluvia como música de fondo, como banda sonora de las seis de la mañana de este domingo de verano, empiezo un inventario de la habitación, de los objetos que pueblan el living de este departamento al que me mudé ayer, que hará las veces de mi nueva casa.

Hay un sillón grande, mullido, en el que me aplasto.

Hay una mesa ratona con platos, restos de comida, una botella de vino vacía, cubiertos sucios, dos copas usadas, un vaso limpio.

Hay un equipo de música y un montón de CD tirados en el suelo.

Hay un florero, con una única flor.

Hay varias cajas llenas de libros, mi mejor tesoro, acaso el único.

Hay una botella de Johnny Walker Etiqueta Azul sin abrir, que me regaló alguien, arriba de una de las cajas.

Hay dos valijas, con ropa.

Hay un ventilador de techo ronroneante para el húmedo calor de un día cualquiera de verano.

Hay una computadora sobre un escritorio, junto a un gran ventanal con una vista espléndida del lado caro de La Ciudad.

Hay un gato, que me trajo Irina ayer —para tu nueva casa, dijo, me pareció mejor que regalarte una planta—, junto con las dos botellas de vino que tomamos en la cena.

Me acerco al equipo de música y pongo un disco, bajito para no despertarla y para que Piazzolla se mezcle dulcemente con el sonido de las gotas contra la ventana. El primer tema es *Ausencia*.

10

Sobre una de las valijas hay una bolsa con una vasta pila de cartas de Tomer, el ácrata demente. Viejas cartas de cuando, una vez más, nos habíamos ido de La Ciudad por distintos rumbos y soñábamos con volver, una época en que nos escribíamos dos o tres cartas mensuales y cultivábamos la amistad epistolar, ese diálogo diferido en el papel.

Tomo la primera de la pila y leo.

*Afortunadamente hay mentiras bienintencionadas que quedan en pie: que el espíritu puede evadirse y ser libre y creador y sensible, que el futuro es territorio virgen, la venganza posible, el tiempo mucho y generoso, que la ignorancia no es invencible y el amor de una mujer puede superar todas las miserias, que uno es la retaguardia de sus amigos.*

*Sí, Nietzsche, lo que no me mata me fortalece, ay, Frederick, ay, lo que no me aniquila me deja parapléjico.*

*De pie nosotros, los muertos.*

*El fantasma de mi espíritu sigue soñando con matar a Dios; con poner al odio en el trono, al odio que es justicia.*

Me estiro hasta la botella de whisky, la destapo y sirvo un poco en el vaso limpio pero no bebo todavía, juego con el líquido ambarino y translúcido, dejo que mis fosas nasales se dilaten y se llenen del aroma de los quince años y la inmensa sabiduría de los escoceses.

Al gato le gusto. Se sube al sillón y se acomoda contra mi

pierna de forma tal que puedo llegar hasta el vaso —ahora sí, tomo un trago, que calienta la lengua y entumece los sentidos— y él dormir sin molestarnos.

Se podría llamar Lönnrot, propuso Irina cuando lo traje.

No sé, dije, Lumpen me gusta más.

Y así creo que se va a llamar: Lumpen. Un homenaje a los años pasados, a los días de furiosas peleas en el Docke, cuando todos éramos aún jóvenes e inmortales y el fracaso de nuestros planes, que nos había dejado sin Norte, nos invitaba a cualquier aventura, siempre que fuera peligrosa y sin sentido.

Un gato implica un lugar al que llegar, o mejor: un lugar al que volver, dijo Irina, que empieza a apostar, a invertir.

Yo pensé mejor ni lo intentes, nena, no es mucho lo que queda, ella no dejó nada en pie; pero no lo dije.

Un gato puede ser un hogar, sugirió.

Y es cierto, pienso ahora mientras lo acaricio. Un gato puede ser un hogar, lo más parecido a una patria que puedo concebir.

Patria y Hogar, pienso, sólo me falta Dios.

Me río.

Después decido que mejor voy a hacer mate y me dejo de whisky y boludeces.

La alfombra, los muebles y los almohadones son blancos, las paredes anaranjadas. El gato —que es chiquito y de un color que no llego a definir, un color que con elegancia, con paso gatuno, se escapa de mi percepción cromática— me sigue a la cocina.

Pongo a calentar el agua, saco el equipo completo del segundo estante de la despensa y preparo el ritual: lleno el mate en tres cuartas partes, lo sacudo boca abajo para despojarlo de los restos de polvo, después hago la isla en una mitad y agrego agua tibia en la otra; cuando la yerba se hincha clavo la bombilla en diagonal y espero que el agua termine de calentarse, un poco antes del punto de hervor.

El ventanal que da a la Avenida General Lanza, me llama.

Con el termo bajo el brazo y el mate en la mano, como un

uruguayo, me paro muy cerca del ventanal casi tocando el vidrio, y mis ojos se llenan de La Ciudad que se despreza y amanece: el hipódromo, el campo de polo, la anchísima avenida ladeada por edificios altos y curiosamente bellos, el enredado de los cables telefónicos y las seis de la mañana del domingo vistos desde el piso diecisiete.

El cielo empieza a aclararse, a perder el denso azul de la noche a favor de un gris acerado, como de plata bruñida. El lado caro de La Ciudad tiene hasta un cielo mejor, pienso, mientras cuento las estrellas que, pese a la llovizna, quedan rezagadas en este amanecer de enero.

12      Cebo el primer mate, espumoso y caliente. Una chupada larga me devuelve la certeza tantas veces confirmada: ésta es la bebida perfecta, una bebida con alma que, como el whisky, se bebe con la lengua y el paladar y guarda su sentido último en el reflejo que deja en el final de la garganta.

Saco un puñado de cartas de la bolsa y vuelvo a ese diálogo de fantasmas.

Tomo mate y leo párrafos de cartas de hace varios años atrás.

Un muerto escribe.

Un muerto lee.

Acá un muerto con mi nombre, algunos recuerdos, unos pocos gestos, el eco de mi voz.

Allá un muerto por el que nunca pude hacer luto: el ácrata demente, el Perro Ventrílocuo de Dios, la Última Línea de Defensa.

En medio —entre esas cartas y esta noche— los días salvajes, los cambios de piel, los repetidos exilios y regresos, las mujeres, los desencuentros, su desprecio, mi odio, la tristeza, la realidad. Las tristezas de la realidad.

Y es leyendo que cedo a la tentación. El gato me sigue hasta el escritorio y se echa sobre uno de mis pies, yo me siento frente a la computadora y la enciendo.

Como decíamos ayer, escribo.

Recomenzar, escribo después, ésa es la palabra, como le gustaba repetir a un gran amigo nuestro.

Escribo, escribo. Escribo sabiendo que es inútil.

Un muerto escribe.

El fantasma del tipo que yo era hace diez años, imita el gesto y las formas de aquellas cartas y escribe.

Un muerto lee.

La sombra que mi memoria refleja del tipo que él era hace diez años lee.

Borro todo lo escrito y la pantalla vuelve a ser blanca, como los almohadones, la alfombra, el sillón.

Leo otra carta de la pila. Al terminarla, tomo la siguiente. Y leo.

Sonríó a esas páginas de sabrosa conversación, trato de dialogar con aquel que las escribió, pero él me ignora. Y hace bien; está hablando con su amigo y en esa charla yo sobro.

Leo.

*No sé muy bien qué decir, camarada.*

*Me gustaría volver a una noche perfecta. Me gustaría estar sentado, bajo una lluvia torrencial, en la esquina de Santa María y Anchorena, en la puerta del almacén de la griega, justo en la ochava. Me gustaría estar tomando cerveza de la botella, escuchando la lluvia, alerta a la presencia de la policía. Y me gustaría decirte, esta vez sí, que te voy a extrañar cuando me vaya nuevamente de La Ciudad, que me vas a preocupar y alegrar, que me vas a seguir acompañando todos los días, que ninguna posibilidad de paliza en un Docke desierto parece muy grave si vos estás cerca.*

Es curioso que uno esté preparado, que tome como algo natural la ruptura con la que creyó la mujer de su vida, pero nos cueste tanto digerir que una amistad puede perderse así como así, entre la noche y la nada. Ya fue dicho: las tristezas de la realidad.

Recuerdo que para terminar una discusión, la última, uno de los dos dijo pongamos sobre esto un manto de piadoso silencio,

por los amigos que una vez fuimos.

Los amigos que una vez fuimos, escribo ahora.

Escribo: una vez fuimos merecedores de esa amistad perfecta, blindada, y eso, Tom, es mucho más de lo que casi todos los mortales pueden decir. Después, escribo, dejamos de merecerla.

¿Para qué, o mejor, por qué esta carta, entonces?

Para tratar de volver, pienso.

Volver, escribo.

Pienso que ése y no otro es el gran sueño de lo imposible. Volver, ésa es la Utopía que estamos persiguiendo desde hace tantos años sin resultado.

Volver.

Volver al barrio, a los días mejores, a una noche perfecta, con la frente marchita, vencido a la casita de mis viejos. Volver y ser millones. Volver para repetir las horas o para corregirlas.

14

Volver.

Utopía. No hay tal lugar.

Le escribo a un muerto, escribo entonces.

El muerto que habita en mí me dicta palabras para que se las escriba al amigo que le dice, desde una hoja poblada por los hermosos caracteres de una Underwood prehistórica, léida mil veces, gastada por años del roce de los dedos y los vasos y los dobles: *De pie nosotros, los muertos.*

Y no escribo lo que me dicta sino esto que lees, escribo. Quizá buscando entrelíneas, escribo, se podría encontrar al menos el eco de su voz.

Pero no escribo lo que él me dicta sino estas líneas de mierda, escribo, entre las cuales, si enviara esta carta, vos no vas a dejar que el muerto que te habita lea lo que su amigo —desde el patio de una casa en la Avenida Juan B. Justo, años atrás, borracho de alcohol y confusión y libros y el amor de una mujer pelo enlulado— le dice, y que ni vos ni yo podemos entender.

Probablemente veas en esta carta la retórica de un traidor, de

un imbécil, de un muerto, escribo. No sería extraño, ya casi nada nos une y hay sólo nueve palabras en estas páginas que tienen alguna importancia, escribo, el resto es vacuidad.

Un muerto escribe.

Un muerto lee.

Me gustaría no recibir nunca respuesta, ni acuse de recibo, ni nada, que tires esta carta a la mierda ni bien termines de leerla y vuelvas a tus cosas; escribo sabiendo ya que nunca la voy a imprimir, que nunca la voy a mandar.

Buenos días, dice Irina, parece que madrugamos hoy. Tiene los ojos lagañosos e hinchados, el pelo revuelto, la boca tumefacta de quien recién se despierta; sube el volumen de la música. El gato se estira a mis pies y el pulso intenso de *Libertango* se estira por todo el departamento, crece y lo llena.

Hola, contesto, ¿quierés un mate?

No, dice, no todavía.

Me cebo otro entonces y sin guardar lo escrito, sin imprimirlo, sin seguir siquiera los pasos correctos, apago urgido la computadora y las voces del pasado. Más allá del ventanal, el día muestra su rostro; más acá, los muertos ocultan el suyo.

## MEDIA HORA

*Nothing was solved when the fight was over, but nothing mattered.*

C. Palahniuk

Doce del mediodía. Cada minuto es una patada en el culo.

Estoy a diez mil kilómetros de todas las personas y de todos los lugares que quiero, en un trabajo durísimo y que no sé hacer, con documentos falsos, entre jefes y compañeros que hablan el slang embrutecido de un idioma que apenas balbuceo, bajo una temperatura apta para lagartijas pero no para la vida humana.

16

Sed, cansancio, hastío. Un sol insoportable, enorme, blanco, sucio. Y el calor. Un infierno.

Doce del mediodía.

Me seco el sudor de la frente y vuelvo a poner en marcha la máquina. Siento temblar el motor. Siento que mi brazo se está por desarmar.

Hace unos meses, justo antes de mi huída de Buenos Aires, y de los alquileres atrasados y de las noches sin cena, fue el accidente.

Después de casi un año sin trabajo –desde que me echaran de la editorial– había empezado a manejar un taxi. Un Peugeot 504 en bastante buen estado.

Yiraba buscando pasajeros que no existían, lento, aburrido. En la radio sonaba *Tabaco*. Casi había cruzado la bocacalle de Humberto 1° y Gálvez cuando sentí el impacto. Un nenito apurado en un Fiat azul calculó mal y chocó de lleno la rueda trasera del 504.

Putra madre, pensé.

Tenía el brazo derecho apoyado sobre el volante y el izquierdo afuera, colgando por la ventanilla. Perdí el control. El

Peugeot hizo dos trompos y volcó sobre mi brazo izquierdo.

Ocho de la mañana. Pánico, vidrios rotos, dolor, hospital, radiografías.

¿Tendones destrozados? ¿Sólo un hueso roto? ¿Gangrena? ¿Músculos deshechos? ¿Podés mover los dedos? ¿Habrá que amputar debajo del codo?

Las dudas duraron un par de semanas. Cuando estuvieron seguros de que la infección no iba a afectar el hueso me operaron.

Veinte puntos, una placa de platino, ocho tornillos. Dolor, dolor, dolor.

Pocos días antes de viajar, mientras me sacaba los puntos, la doctora Splitz me recomendó enfáticamente que no hiciera ningún esfuerzo hasta que la recuperación fuera completa.

—¿Y cuándo va a ser eso? —pregunté.

—Va a tomar un tiempo. Cuando sientas que el brazo roto funciona igual que el otro te vas a dar cuenta, no te preocupes.

Pero la necesidad, nos enseña el saber popular, tiene cara de hereje. Y acá estoy: sin fuerza suficiente aún en el brazo izquierdo como para levantar una botella de cerveza y manejando esta máquina endemoniada de trescientos kilos.

Doce y media. Lunch time. Media hora.

Me saco la remera y cruzo la calle.

Nada.

Nada, me repito.

Nada tiene sentido y no sé cuál es la próxima jugada ni de dónde sacar fuerzas para hacerla. Hasta ayer a la noche engañaba mi angustia con música, cerveza y la inminente llegada de ella.

Hasta ayer.

Diez y media de la noche. Cerveza con whisky, combinación siempre brutal. Un disco y otro y otro y otro. Sonaba el segundo de 7 Whiskies Dobles.

*Sólo un puñado  
historias sucias,*

*tardes de hipódromo  
y noches de putas.*

Estaba tirado en el sillón, los ojos bien abiertos, el vaso de veneno en la mano, cantando.

*Trabajos horribles,  
amores dementes,  
soledad, tristeza,  
resaca y mala suerte.*

Sonó el teléfono. Estática y eco en las voces.

Me negaron la visa, dijo.

Por lo menos seis meses, dijo.

No sé qué hacer, dijo y lloraba.

Te amo.

Te amo, dijo.

Te amo.

18

Once de la noche; once de la noche y diez mil kilómetros. Soledad, tristeza, resaca y mala suerte.

Ahora entro al supermercado. Voy al mostrador donde hacen los sándwiches a buscar uno. Sándwich-con-todo-lo-que-se-pueda-ponerle. Hay cuatro personas esperando.

Tic-tac.

Tic-tac.

Tres.

Tic-tac.

Dos.

Tic-tac.

Tic-tac.

Uno.

Al menos por unos minutos el aire acondicionado me resguarda del calor. Mi turno, mi sándwich. Busco un paquete de chicles y una lata de Heineken.

Caja de menos de seis productos. Tres personas delante de mí.

El primero está comprando dos latas de arvejas, una caja de

hamburguesas, ketchup. Tiene un problema con su tarjeta de débito, no recuerda el código o algo.

Espero.

Tic-tac.

Tic-tac.

Al rato logran que la tarjeta funcione.

Siguiente cliente. No puedo creerlo. La señora tiene todos los años posibles, varios más de lo que resulta admisible y muchísimos más de los recomendables. Su compra: leche, dos cepillos de dientes, shampoo, pastillas de menta, un pote de crema.

Ocho con cincuenta y siete.

La señora no entiende porqué o no está de acuerdo, discute cada uno de los precios, muestra unos cupones de descuento.

Ocho con cincuenta y siete.

No acepta razones, agita los cupones en el aire.

Ocho con cincuenta y siete.

Mi media hora de almuerzo se evapora como un charco de orines en el cemento.

Ocho con cincuenta y siete.

De alguna forma la convencen. Paga.

Una persona más. Mi clase de mujer. Menos de veinte años, para empezar. Pelo negro, revuelto, larguísimo, gesto de sueño y desencanto. Dos sobres de Alka-seltzer, una botella de Coca-cola. La camiseta puesta al revés, lentes de sol, un short de jean raído. Resaca y apuro.

Pero es el horario en que cambian los cajeros. Cuentan monedas, conversan tranquilamente, separan los billetes en dos sobres y escriben algo en una planilla.

Tic-tac.

Tic-tac.

Tic-tac.

La chica de la resaca consigue pagar y sale disparada, imagino que a esconderse en la oscuridad. Y yo quería irme con ella.

Mi turno.

Sándwich, dos cuarenta y nueve.

Cerveza, uno con veinte.

Chicles, veinticinco centavos.

Impuesto, veintitrés centavos.

Total cuatro con diecisiete.

Pago con un billete de cinco. El cajero está nervioso, se complica con el ticket y el cambio. Parece nuevo, quizá sea su primer día o quizá sólo sea un subnormal. Es pelirrojo y tiene la cara plagada de pecas y granos.

Nunca voy a salir de este lugar, pienso, éste es el infierno que mis diecisiete demonios personales me tenían destinado: esperar en una fila, siempre.

—Eighty three cents your change, sir —dice Cara-de-acné—. Have a nice day.

20 Salgo del supermercado y me sumerjo en el imperio del enfermo sol blanquecino.

Doce y cincuenta y tres. En siete minutos tengo que estar trabajando otra vez.

Cruzo la playa de estacionamiento en diagonal, para ganar unos segundos. En cualquier caso mi paso es lento, me pesan los borceguíes, el calor de este infierno tropical, la perspectiva del almuerzo apurado y otras cuatro horas de trabajo pesado, el sinsentido.

Sol, tedio, nada.

Nada.

Sin darme cuenta estoy molestando en el camino de los autos que quieren salir del estacionamiento. Camino cruzando su senda en diagonal y sin mirar.

El tipo es rubio, es gordo, es exageradamente americano. Tiene una gorra de beisbol que dice *Marlins*, va con sus dos hijitos en un Mustang gris, del año. Seis cilindros en ve, aire acondicionado, compactera para seis CD, parlantes Bose, airbag, dirección hidráulica, cinco velocidades automáticas, levanta cristales electrónico.

No me insulta, no me grita que me corra, no me toca bocina.

No.

Hace rugir el motor y corcovear al Mustang gris —equipado a full— amenazando con tirármelo encima.

El sol brilla sobre mi cuerpo cansado, pero en mí nace la noche. Puedo sentir la incredulidad y el odio creciéndome en el pecho, puedo sentir cómo se espesa la sangre en mis venas.

Lanzo una patada certera que se estrella contra el guardabarros gris. El guardabarros se abolla, se rompe el equilibrio; acabo de anular una forma de la perfección. Una menos cinco. Nervios, tensión, furia. Empiezo a temblar y me duele el brazo.

Aprieto la mandíbula.

El gordo trata de bajar. Otro borcegazo —esta vez en la puerta— lo deja atrapado, hecho sándwich: la puerta contra el pecho, la espalda contra el cuerpo del Mustang. Suelto la bolsa y la lata de Heineken hace un ruido sordo contra el asfalto. Cuando la abra va a chorrear un montón de espuma, pienso.

El primer rechazazo golpea de lleno en el rostro desencajado y rubio. Es el turno de la izquierda. Golpeo y me duele, la furia crece bajo la prepotencia blanca del sol.

La cara del tipo del Mustang se desfigura y muta. Ahora es el ex ministro de Economía —padre del plan, uno de los rostros visibles de la recesión y el desempleo—, un golpe. Ahora es Zapata, el supervisor que me echó de la editorial, otro golpe. Ahora es cada uno de los que me basurearon mientras buscaba trabajo, otro golpe. El tabique nasal pierde su forma y hay sangre. Ahora es el pibito apurado que chocó mi taxi, golpe. Ahora es el cónsul negándole a ella la visa, otro golpe más. La anciana que no entendía ocho con cincuenta y siete, el cajero pelirrojo y con acné, yo mismo. Golpe, golpe, golpe. La cara es una masa enrojecida y amorfa.

Me duele mucho el brazo. El tipo cae.

Pateo la puerta una vez más y siento el crujir de huesos rotos y un quejido. Mala suerte, la mano le había quedado en el camino de la puerta.

Pero el crujido me vuelve a la realidad. Veo a los nenes llorando en el asiento trasero, la cara entumecida, la mano flácida y amoratada. Veo la estupidez de todo aquello. Repaso: mi visa expiró hace tres días, trabajo con documentos ajenos —por nueve horas diarias soy otro, soy Scott Zambrano—, acabo de romperle la mano y la nariz a un ciudadano americano. De dieciocho a treinta y seis meses a la sombra y deportación.

Busco alrededor y no encuentro curiosos. Fue bastante rápido, en cualquier caso.

Me pongo la remera, cruzo la calle apurado y me alejo un par de cuadras antes de sentarme bajo la sombra de un árbol a almorzar.

Tres minutos para la una. Nada pasó y ya pasó todo.

Voy a volver tarde al trabajo, pienso.

Quizá me den una advertencia.

Quizá me suspendan.

Quizá me echen.

Abro la lata de Heineken. Perdió frío y chorrea un montón de espuma. No importa.

Tomo un trago. Nada importa.